

poder de los republicanos. Así lo avisó don José Merino, jefe político y comandante militar de la frontera de Oriente, comunicando también que había designado á don Luis Terrazas para jefe político de la ciudad. Juárez se apresuró á ratificar el nombramiento, celebrando que la canalla intervencionista hubiera dejado el rumbo del Norte, pues era señal indudable no sólo de que cesaban las penalidades de la nueva familia enferma, sino también de que tendría que operarse á grandes pasos la reivindicación de la república toda.

Quedaron instalados pues los expedicionarios en su antiguo refugio; pero apenas habían pasado unos cuantos días cuando Guillermo llamó á su dependiente, empleado, amigo y confidente.

— Hijo, Pepe, te llamé para decirte que esto anda mal...

Y como pasara un rato sin que Brambila contestara palabra, Prieto siguió impertérrito:

— Sí, hijo, todo anda mal, muy mal...

— Ya lo sé, don Guillermo; ¡á quién viene usted á contárselo!... Hace tres quincenas que no nos dan ni sal para un ahuate, y estoy, lo mismo que todos los compañeros, viviendo de prestado, de fiado, de lo que Dios me da á entender...

— Pero no se trata de eso ni es ese el camino, hijo mío; se trata de que Juárez acaba de dar un horrible golpe de Estado.

— ¿Y qué es eso? ¿Se come con cuchara ó con tenedor?

— Por Dios, hijo, ¡qué rudo eres y qué poco sabes del derecho constitucional de tu patria!... Golpe de estado es algo como lo que dió Comonfort con escándalo de todo el país y atrayéndose la grito y la enemistad de todo el mundo. Prescindir de todas las leyes constitucionales, declararse soberano y omnímodo sin aceptar yugo ni consejo, ponerse el mundo por montera y mandar á la porra la ley constitucional, eso es dar un golpe de estado... Pero, hombre, ¿no te espeluznas? ¿No te escandalizas, fautor y cómplice de todas las iniquidades?

— No, señor, no me espanto ni me aturullo, ni creo que la cosa sea para quedarse de á seis en libra. ¿Qué Constitución va á haber con los franceses en las narices? La Constitución es para cuando todo está como una balsa de aceite, con las quincenas arregladas, los diputados echando leyes por boca y narices y usted diciendo sus discursitos en aquella tribuna en que hasta buen mozo se ve.

— ¡Pero, ven acá, mamarracho, despotón, retoño, ascendencia y origen de tiranos! ¿Quién demonios te ha contado ó de dónde demonios fuiste á inventar semejantes teorías, que son capaces de subvertir el orden mejor cimentado? No, hijo, desengáñate; negro de mi alma, convéncete; ignorante, aprende; rehacio y cegatón, abre los ojos que tienes cubiertos por una venda más tupida que las cataratas del más enfermo de la vista que haya nacido

de madre... La Constitución es para todos los tiempos, para todas las situaciones, para todos los días y para todas las horas. Si fuéramos á aceptar tus majaderías, todo andaría de los chuchos, convéncete.

— Pues buena hora para hacer elecciones y meterse en los líos que se necesitan para elegir Presidente... Unos peleando y entrándole á los mates, otros dándole al basto é instalando mesas y embelecos, y otros, los franceses, viendo á ver cómo les dan puntilla á toditos. ¿Verdad que sería curioso?

— Me parece que tú estás muy redondo para huevo y muy largo para ahuate. Qué, ¿no sabes que la Constitución es el mejor de los códigos, y el que se atreve á atentar contra él merece la peor de las muertes? Juárez es mi amigo, pero en este caso yo no puedo estar de acuerdo con él: primero es la Carta magna y la pureza de las instituciones que todas las amistades.

— Déjese de cartas magnas y de embelecos, don Guillermo; atienda á que don Benito nos está defendiendo como pocos, como ninguno podría hacerlo, y que es una tontería hacerles el caldo gordo á los franceses en vez de dedicarnos en cuerpo y alma á ver si logramos echarles de aquí. ¿O no le parece?

— Tonterías, hijo, tonterías; eso de la invasión es la excusa que los inertes encuentran para dejar entronizarse el despotismo en nuestra patria.

— Y eso del respeto á la Carta es la disculpa de los díscolos para salir á hacer de las suyas en presencia del enemigo extranjero. ¿Qué demonios va ganando Juárez con ser el dictador de estos arenales? Ahora más que de sueldos y de condecoraciones y de riquezas y de granjerías, se trata de correr riesgos y de sufrir persecuciones y de pasarla como usted ha visto que la pasamos, y para eso, ni á mí se me ocurriría ser Presidente.

— ¿De modo, dijo Guillermo con retintín, que tú me clasificas á mí entre los díscolos?

— Y usted á mí entre los impotentes...

— Me parece que no es la disciplina la que rifa entre nosotros...

— Señor, no lo dije por tanto...

— Vete en paz, hijo mío; tuyo es el reino del presupuesto; tuyas serán las aduanas marítimas; tuyos los bienes nacionalizados que han dejado mochos y franceses; tuyo el favor de Juárez; tuyo será todo... Vete de mi presencia, hijo mío, vete por Dios, que no quiero verte más... Vete... ya que tan bien sabes echarte el alma á los tientos.

— Pero, señor, repuso Brambila apenado; no hay que tomarlo por donde quema; fíjese usted en que tengo mi alma en su almarío y que estoy en mi derecho para pensar lo que me parezca... Digo, sin faltarle á usted el respeto y á las consideraciones que le debo...

— Sí, hombre, sí, haz lo que te parezca; imita á Pepe

Iglesias, mi amigo de toda la vida; imita á Sebastián Lerdo; imita á los que van á quedarse aquí exponiéndose á las responsabilidades legales por haber servido á un gobierno intruso... sí, intruso, no retiro la palabra... Tú tendrás honores, empleos, gajes, condecoraciones; tu pobre maestro, tu amigo, el que te favoreció en los días de adversidad, se irá al desierto, á la miseria, á la muerte... Pero si es error el que cometo, si perezco en la demanda y mis pobres hijos y mi desgraciada mujer llegan á tus puertas á pedirte un pan que comer, no se los niegues, Brambila, no se los niegues, hijo mío, que Dios te lo ha de tomar en cuenta...

— Señor, respondió el muchacho conmovido, no me diga esas cosas porque no las puedo resistir. ¿Qué va á hacer ni qué encomienda va á ganar con marcharse á donde dice? Aquí todos le quieren, todos le miman, empezando por el Presidente, y va á dar entre desalmados, entre enemigos que quién sabe si no sabrán quién es usted ni lo que vale.

— Es mi deber, hijo de mi corazón, exclamó el viejo poeta alzando al cielo la cabeza, sacudiendo los anteojos y dejando brillar una lágrima en sus ojos cegatones.

Y salió trastabillando y limpiándose las mejillas con un pliacate.

Tras la defección de Guillermo vino la de don Manuel Ruiz, á quien le parecieron pocos los términos de protesta

ordinarios y se pasó resueltamente al francés, haciendo la gran marranada de su vida, y la escandalosa agresión de Negrete á don Sebastián en la plaza de Chihuahua, acometiéndole con palabras de carretero y tratando de saltarle el rostro en medio de su vehemente manoteo.

Juárez parecía no darse cuenta de nada, seguro como estaba de que aquellas y otras cosas eran como tantas atrocidades que había visto de parte de amigos queridos que se rindieron ante los halagos del dinero ó ante las expectativas de la miseria ó ante los espejismos de una mentida legalidad como lo hacía Guillermo. Juárez, como en otro tiempo decía el Administrador de Correos, era la encina llena de miel y de rocío que guardaba para todos cuantos cerca de él se encontraban frescor y dulzura, pero también era gigantesco, impenetrable, ajeno á pasioncillas y apetitos; veía á las serpientes enredarse en su corteza y no se dignaba pedirles cuenta de sus infamias; veía á las nubes ascender y bramar sobre su copa y no les preguntaba si iban á romperle alguna de sus ramas ó á desgajar su tronco milenario que se bañaba en las fuentes eternas de aguas vivas...

Como decía Brambila, Juárez seguía siendo Juárez antes y después de su elevación y seguiría siendo Juárez después de su caída. Era lo permanente, y cuanto lo rodeaba era lo mudable y lo contingente y lo perecedero. Era Juárez y estaba dicho todo.

IV

En el rigor del invierno, en medio de mayores aflicciones que las que primero les habían cercado, los tristes expedicionarios se vieron obligados á abandonar su Pat-



D. MATÍAS ROMERO

mos misericordioso de Chihuahua y á trasladarse á Paso del Norte. Mas la expedición aquella no era como había sido la anterior.

En el Paso se tornó la vida enteramente patriarcal y sencilla; desde mucho tiempo antes había pocas distinciones entre jefes y subordinados, entre servidores y magnates, y desde que la expedición se instaló de nuevo en la pobre poblacioncilla fronteriza bañada por el río Bravo, que indicaba nuestras fronteras y nuestros fracasos, se estableció una igualdad que no carecía de austero y varonil encanto. La existencia era dura, el

clima difícil, áspero é inclemente, la incomunicación casi absoluta y las noticias, cuando llegaban, malas y preñadas de presagios más tristes todavía que lo que por ellas se averiguaba.

La villa, situada en un llanizuelo triste y sin relieve; la casa de habitación del gobierno, llamada por entonces con poética y graciosa exageración nada menos que palacio de los poderes federales; el caserío pobre y oculto, como si se escondiera de su peligroso vecino, que apenas tenía por albergue un fuerte en que bostezaban unos cuantos soldados que sabían nada había que hacer; un pueblo incipiente y que no tenía aplicación posible porque no era aún tiempo de que llegara á buscarle el progreso hasta sus dominios, constituían todo el panorama de los emigrados.

Los que no tenían que estudiar ó que resolver por obligación ó por afición los problemas pendientes ó los olvidados; quien no era ni diplomático como Lerdo, ni erudito y lector implacable como Iglesias, ni trabajador como Juárez ó don Matías (que por entonces arribó acompañado de la balumba de sus notas diplomáticas, de sus papelotes y de sus tremendas imprecaciones contra los contratantes de empréstitos); quien no era ninguna de esas cosas ó todas ellas, tenía que hacer la vida más triste y más apartada que era posible imaginar. Recorrer de arriba abajo el pueblecillo, desde el altozano en que

está lo que allá llaman el centro, hasta el Chamizal, pasar del Chamizal al Barrial, y desde allí recorrer las márgenes del río, pasar por el fuerte Bliss, trincar con los soldados americanos que cuidaban la fortaleza, subir, bajar, escribir una carta, eran las ocupaciones de todos, sin que pudieran alternarlas siquiera con la murmuración ó con el chismito, que en todo pueblo mexicano son los manjares predilectos y más apetecidos.

Las págas comenzaron á escasear con lamentable frecuencia, al grado que era raro el día en que se comía por dinero; casi siempre se ocurría al crédito y hasta al sable. El traje de Brambila, que se había conservado decoroso á pesar de los altibajos de su poseedor, estaba ya roto y raído al grado que no había manera de poner en él un remiendo más, así fuera del tamaño de un medio chiquito. Cristina, á pesar de su buen deseo y de su afán de caminar como Dios tenía dispuesto, andaba astrosa y desarrapada, aunque limpia y albeante como los chorros del oro; y cuenta que sus habilidades de costurera la habían colocado en lugar muy alto, haciendo que siempre ocurrieran á ella oficiales mayores, generales y hasta ministros, que solían necesitar que les zurcieran algo de lo que se les rompía ó desordenaba. Pero ni el sueldo nominal de Brambila, ni los ingresos que por el capítulo de las artes de costura entraban á la casa, bastaban para vivir; rotos, pobrecillos, sin satisfacer el hambre, que en aquellos cli-

mas y aquellas horas les parecía más rigurosa y tremenda que en lugar ninguno, eran, sin embargo, de las personas más consideradas en la colonia mexicana. Otros había que, á pesar de contar con sueldos de doscientos ó trescientos pesos conforme al presupuesto vigente, en realidad no tenían más que esperanzas de gozarles; y que mientras llegaban las pagas vivían más trabajosamente que Dulcinea del Toboso en la cueva de Montesinos, echando jaque á todo bicho viviente y pignorando las cosas con que contaban.

Para Nacho, el niño de Brambila, fué beneficioso el destierro en Paso del Norte, pues merced á su ángel y á su gracia llegó á ser una de las personas más populares y famosas en toda la jurisdicción. El chiquillo aquel, que parecía hecho de mármol y de rosas y que tenía unos ojos grandes y rasgados que figuraban estar alelados contemplando el paraíso, de donde acababan de salir, se granjeaba todos los sufragios, se atraía todas las simpatías, lograba que se repitieran sus gracias y hacía enter necerse á todos los emigrados, que, cual más, cual menos, en su tierra habían dejado tal vez hijuelos, tal vez nietecillos, tal vez sobrinos ó hermanos que les recordaba aquel muchachito ingenuo y bueno, que parecía un niño Jesús de escuela italiana, fuerte, bello y candoroso.

Los paseños invitaban á Juárez y á sus gentes á estar en su compañía y á disipar aquella pena que parecía no

había de dejarles nunca; pero si en Chihuahua, cuando las noticias eran favorables, ó por lo menos la esperanza se sostenía enhiesta, había dificultad para que Juárez se decidiera á divertirse, haciéndolo sólo cuando se convenía de que aquellas gentes sencillas tomarían á mal su alejamiento, en el Paso la cosa era distinta. Por eso costó verdadero trabajo que Juárez aceptara agasajos de sus hospedadores, y cuando se le dió una fiesta en la quinta de la Cusjaqueña, se tuvo por un gran honor que diera unas vueltas de baile en compañía de doña Refugio Daguerre.

Por entonces Juárez nombró su ministro á don Ignacio Mejía, que regresaba de su cautiverio en Francia y que era popularísimo entre empleados y funcionarios por sus habilidades en el inglés, pues enseñaba lo poco que sabía de la tal lengua con tan buena gracia, que parecía entender de ella más que el que la había inventado. También entre señoritas y caballeros era famoso el ministro de la Guerra por sus conocimientos en la guitarra y por la manera con que cantaba la *Chacha*, cancioncilla que por entonces se puso en boga debido á la presión ministerial.

Los ministros y Juárez solían pasar las tardes cerca de la orilla del río, que por aquellos días había perdido su reputación de bravura, y que se arrastraba como sierpe desteñida y perezosa que hacía brillar sus anillos platea-



— Los ministros y Juárez solían pasar las tardes cerca de la orilla del río...

dos, y que al fin se perdía en los desiertos negligente, tristona, sin prisa, como si quisiera detener su curso en cada quebrada del camino, en cada hondura de la ribera, y que ostentaba como un halo la cauda de polvo blanquizco y que solía dorarse al rayo del sol poniente. Pero si bien Lerdo, Iglesias y todos los de la comitiva solían pasar á terreno americano y hasta aceptar obsequios del mayor Bryce, que mandaba en aquel lado del río, Juárez nunca consintió en pasar á la otra ribera, temeroso de que le tacharan de abandonar el territorio patrio y de ir al extranjero sin los requisitos que dispone la Constitución.

Una tarde, Bryce organizó una fiesta en honor de Juárez, ya fuera por iniciativa propia ó por instrucciones que hubiera recibido del gobierno de Washington, que, como se sabe, se mostró altamente favorable al nuestro en aquella coyuntura difícil. Juárez recibió el convite con suma cortesía, pero le declinó haciendo ver que no podía aceptarle, y mandó no sé si á Iglesias ó á Lerdo para que le representaran.

Algo más: una tarde que fué necesario arreglar no sé qué cuestion pendiente sobre régimen de las aguas del Bravo, Juárez ocurrió hasta el monumento que marca los límites de los dos países, y aunque, según dijeron los agrimensores, era menester recorrer por ambas partes el terreno anexo á la columna, Juárez se detuvo siempre del lado mexicano.